

La Cuba de Castro: más continuidad que cambio

Jaime Suchlicki

INTRODUCCIÓN

Al iniciarse el nuevo milenio, Castro se enfrenta a algunos viejos problemas que han acuciado a la Revolución Cubana en el pasado, así como a otros nuevos y cruciales desafíos. Internamente, cada vez hay más pruebas de la existencia de una desilusión respecto al Partido y también respecto a las exhortaciones de Castro. El descontento popular, los esfuerzos migratorios de cada vez más cubanos y las deserciones de funcionarios gubernamentales culturales y deportivos van en aumento. La apatía de los jóvenes y el absentismo también van en aumento. El pesimismo y el cinismo han sustituido al fervor revolucionario. Castro parece haber perdido la batalla de crear una nueva generación de cubanos adeptos al Partido y a la Revolución. A pesar de cuarenta años de educación y adoctrinamiento, el «hombre nuevo» no aparece por ninguna parte. La pérdida de esta generación quizá represente el principal desafío para la futura estabilidad del régimen.

Desde el punto de vista económico, la Revolución ha llegado a una coyuntura crucial. La caída de la Unión Soviética y de los gobiernos comunistas de Europa del Este, la persistencia de problemas estructurales dentro de la economía, los bajos precios de los productos de exportación cubanos y la incapacidad del país para obtener un mayor grado de ayuda exterior, están obligando al gobierno a revisar sus objetivos económicos fundamentales. El agravamiento de la crisis económica ha generado un renovado frenesí planificador y una mayor militarización, con los que se tiene la esperanza de estimular la producción y salir bien de este difícil periodo.

El gobierno cubano no ha demostrado que esté realmente decidido a embarcarse en un proceso de auténticas reformas de mercado. En vez de eso, ha retomado viejas estrategias que no han logrado generar un auténtico crecimiento económico y ha aplicado otras nuevas que están creando profundas contradicciones sociales. Castro ha pedido a los cubanos que trabajen con más ahínco, que se sacrifiquen más y que esperen menos en los años venideros. Al mismo tiempo, para ayudarse a sobrevivir en estos tiempos difíciles, ha desarrollado nuevas estrategias basadas en el turismo, las remesas enviadas desde el exterior y la inversión extranjera. Las remesas y el turismo, aunque han sido en parte provechosos, han acentuado las diferencias sociales entre los que tienen y no tienen dólares, y han extremado las tensiones raciales, ya

que la mayoría de los dólares los recibe la población cubana blanca. En el futuro inmediato, la crisis económica continuará y los cubanos pueden esperar más austeridad, un mayor racionamiento de alimentos y bienes de consumo y, en consecuencia, tiempos aún más difíciles.

Existe cierta contradicción entre los objetivos proclamados por los funcionarios cubanos. Hay ciertos indicios de que Cuba está intentando llevar a cabo una lenta transición desde la economía centralizada a lo que algunos líderes cubanos llaman «economía mixta», compuesta por empresas estatales, privadas y cooperativas (compañías público-privadas). Sin embargo, tanto Castro como los partidarios de una línea dura se resisten a la adopción de auténticas reformas de mercado, o a lo que burlescamente denominan capitalismo.

Tal resistencia plantea un gran dilema. La oposición a las reformas de mercado limitará la magnitud del nuevo sector privado emergente, así como la eficiencia de su funcionamiento, con lo que ralentizará, cuando no evitará, el logro de un grado de recuperación económica reseñable. Aunque Castro y los partidarios de una línea dura reconocen la necesidad de recuperación económica, también se dan cuenta de que, probablemente, una reestructuración de la economía que siga pautas de libre mercado producirá una erosión del poder y del control político. La adopción de reformas de mercado bien podría suponer una solución para la crisis económica, pero un proceso de reforma completo lleva aparejado el riesgo de que se pierda el control tanto de la sociedad como de la economía y amenaza con producir el distanciamiento de algunos apoyos clave del régimen.

La creencia de que la crisis económica cubana conducirá a grandes cambios políticos sigue calando en el pensamiento norteamericano relativo a Cuba. Parece que, al intentar comprender desde aquí acontecimientos de otras sociedades y las motivaciones de sus líderes, nos aferramos a un desfaseado determinismo económico. A pesar de las crecientes dificultades económicas y de unas presiones internacionales cada vez mayores, Castro no cede y los cubanos tampoco se han rebelado para expulsar a sus actuales dirigentes. En el pasado, con Castro no han funcionado ni el castigo ni la cesión, y tampoco es probable que lo hagan en el futuro.

Ante el temor a la represión del régimen y la horrible posibilidad de sufrir largas penas de cárcel, los cubanos parecen resignados a esperar el fin de la era castrista y la llegada de tiempos mejores. La desilusión y el distanciamiento caracterizan a la sociedad de la Cuba actual. La resistencia y el desafío abierto tienen un alto precio, que la mayoría de los cubanos no están dispuestos a pagar.

Por lo tanto, en Cuba, las posibilidades de que el régimen continúe parecen mayores de lo que lo fueron en otros estados comunistas. Es posible que, incluso después de la desaparición de Fidel, esa transición sea lenta y penosa. La fuerza y el papel creciente que tienen los militares en la economía, un partido comunista bastante monolítico y un aparato de seguridad extenso y eficiente son elementos que parecen garantizar que los actuales dirigentes y estructuras políticas seguirán funcionando y evolucionando, aunque con lentitud, una vez que Castro haya desaparecido.

AÑOS DE CRISIS

Pocos preveían el rápido y drástico derrumbamiento de la Unión Soviética y de su imperio en la Europa del Este a principios de los años noventa. Todavía menor era el número de los que preveían el fin del comunismo en la URSS. Los países occidentales se mostraron encantados al ver una Europa Oriental independiente y libre, el desmembramiento de la Unión Soviética y el desarrollo de una sociedad rusa orientada al libre mercado y más abierta.

Para Cuba esto supuso un golpe devastador. El país no solo perdió el paraguas político protector que ofrecían los soviéticos, sino que también se vio privado de un apoyo económico que había sido la tabla de salvación del régimen castrista. La ayuda y las subvenciones soviéticas se esfumaron de repente. Ya no se podía acceder a productos rusos y de Europa del Este con precios especiales. Las nuevas repúblicas requerían pagos en metálico para sus productos. La debilidad y dependencia de la economía cubana quedaron dolorosamente en evidencia.

En los años posteriores se agravó la crisis económica en la isla. La economía se vio paralizada por la acusada escasez de petróleo, fertilizantes, repuestos, materias primas y alimentos procedentes de Rusia y de Europa del Este. La cosecha de azúcar alcanzó su nivel más bajo desde la revolución. Casi tres cuartos de las fábricas de la isla dejaron de funcionar o redujeron su producción por falta de repuestos o de materias primas. El transporte y las comunicaciones sufrieron cortes drásticos. Las importaciones y exportaciones cayeron entre un 70 y un 75%. El desempleo y el subempleo aumentaron enormemente. El bajo nivel de vida del pueblo cubano se hundió hasta alcanzar nuevos niveles de miseria y sufrimiento. El pesimismo y la desesperación sustituyeron a la esperanza en el futuro. Una terrible sensación de distanciamiento respecto al Estado se apoderó de la sociedad cubana.

Al principio, el Gobierno respondió a la crisis con políticas económicas que racionaban aún más el limitado suministro de bienes de consumo; que permitían a los ciudadanos cubanos tener dólares y comprar bienes en las tiendas especiales anteriormente reservadas a los turistas, y también con un aumento de los esfuerzos para atraer la inversión extranjera, sobre todo en industrias exportadoras no tradicionales, principalmente en el turismo y la minería. Algunas de las reformas más profundas que el Gobierno contempló como posibilidad, tales como introducir la contabilidad de costes en las empresas y los fondos de inversión avalados por las compañías estatales, fomentar el equilibrio presupuestario y la liberalización de precios, así como permitir la propiedad privada entre los cubanos, nunca se pusieron en práctica.

El Gobierno intentó sobrevivir desde el punto de vista económico ahorrando sus escasos recursos. Las raciones se redujeron, se organizaron brigadas de trabajo, el control policial y la represión aumentaron, y se utilizó la retórica para subir la moral y mantener la unidad social. De manera simultánea, se concedía a las Fuerzas Armadas un papel mayor en el control de la economía. A los oficiales se les encomendó la gestión de las empresas agrícolas e industriales, así como la producción de bienes para ellos mismos y para la población.

Los hermanos Castro esperaban que la militarización de la economía trajera consigo orden y disciplina, y que cambiara el rumbo de una situación económica en deterioro. Al mismo tiempo, la participación en la economía proporcionó una nueva misión a un ejército desmoralizado, tanto por la detención y ejecución de varios de sus mandos como por la falta de un cometido desde su implicación en Angola.

A mediados de 1994, el Gobierno permitió el establecimiento de mercados campesinos en los que los productos agrícolas los vendían los propios agricultores directamente al público. A mediados de la década de 1980, durante unos cuatro años, habían proliferado mercados agrícolas similares, hasta que Castro los cerró, señalando que los cubanos se estaban convirtiendo en «pequeños capitalistas» y que se estaban socavando los objetivos de la revolución. La recuperación de estos «mercados libres agropecuarios» ha ayudado a aliviar una grave escasez de alimentos, ya que creó incentivos para que cada agricultor produjera más y para que las granjas estatales vendieran sus excedentes en un mercado abierto.

Las reformas económicas no relacionadas con la inversión extranjera directa han sido muy limitadas en Cuba y su intención era mitigar el problema más inmediato: la falta de divisas en el país. Cuba ha aumentado la lista de bienes de consumo que los exiliados pueden enviar a sus familiares en la isla y en 1995 anunció un incremento del número de visados que se tramitarían para viajar a ella desde los Estados Unidos. Los cubano-americanos que viajan a Cuba suelen traer a sus familiares dinero y bienes no perecederos. El objetivo de estas políticas es hacer que el Estado capte algunos de los dólares que ahora circulan en el mercado negro y animar a más exiliados a visitar la isla o a hacer envíos de dinero a su familia.

Estas reformas han creado agudas desigualdades económicas entre la población cubana y han beneficiado sobre todo a los que trabajan en sectores que obtienen beneficios en dólares, principalmente al sector turístico y a sus servicios subsidiarios, y/o a quienes tienen familiares generosos en el extranjero. También ha creado fuertes tensiones raciales, ya que los que reciben dólares son blancos con familiares blancos en el exterior. En general, la población negra se ha beneficiado mucho menos de las visitas de los exiliados y de los envíos de dólares, lo cual ha creado una hostilidad y un resentimiento latentes. Sin embargo, la necesidad de divisa extranjera es acuciante y, por el momento, los funcionarios cubanos están dispuestos a aceptar sus consecuencias negativas. Por otra parte, no es probable que estas reformas produzcan ninguna mejora de la actual situación económica de Cuba y el régimen puede pararlas y revertirlas en cualquier momento que lo desee.

La respuesta más significativa a la crisis se ha situado en las reformas de las leyes que regulan las inversiones extranjeras en Cuba y en el papel activo que ha asumido el país a la hora de intentar establecer proyectos conjuntos con compañías extranjeras. Se podría pensar que Cuba quisiera tener tanto éxito como China en la atracción de la inversión extranjera, pero, para ello, todavía tiene que emular las reformas económicas estructurales que China

ha adoptado. Los tecnócratas cubanos, así como los que son críticos con el régimen de Castro, han señalado diferencias notables entre los dos países, que juegan en contra de Cuba.

Es muy probable que el deseo que tiene Cuba de emular a China no se cumpla, ya que la primera tiene pocas posibilidades de lograr el éxito de la segunda en cuanto a inversión extranjera directa. China comenzó sus esfuerzos en este sentido a finales de los años setenta y aprobó una serie de reformas económicas complementarias que apuntalaban su estrategia de desarrollo. A principios de los ochenta, las autoridades crearon zonas económicas especiales que combinaban incentivos materiales, fiscales y laborales en áreas geográficas estratégicas. Se concedía a los individuos, y no solo a las empresas, una mayor libertad en la toma de decisiones económicas. Los chinos centraron sus esfuerzos en atraer inversión extranjera directa en el sector de manufacturas, con un especial énfasis en las actividades que introdujeran nuevas tecnologías en el país. China permitió a las empresas extranjeras que pagaran salarios más altos que los que se daban en el resto del país, recompensando y estimulando el aumento de productividad de los trabajadores. Estos se trasladaban a esas áreas especiales y con frecuencia remitían parte de sus ganancias a familiares en su lugar de origen o les enviaban bienes de consumo adquiridos dentro de ellas. Las zonas especiales representaban pequeñas islas semicapitalistas dentro del gran Estado socialista. China también logró atraer una considerable cantidad de inversiones de Hong Kong y de Taiwan, que han influido notablemente en el desarrollo de la provincia china de Guandong.

Por el contrario, la principal prioridad de Cuba ha sido fomentar las inversiones turísticas, y solo recientemente ha comenzado a alentarlas en otros sectores. Por el momento, Cuba no ha intentado vincular las inversiones extranjeras con la transferencia de tecnología. Tampoco ha permitido el desarrollo de una mayor libertad individual en los asuntos económicos. Aunque el gobierno cubano está permitiendo a algunos trabajadores funcionar de manera independiente, estas actividades se encuentran muy reguladas. A diferencia de China, Cuba no ha permitido la existencia de empresas privadas agrícolas o manufactureras de grandes dimensiones. Tampoco se permite comercio exterior alguno que sea ajeno al Estado.

La constitución cubana todavía prohíbe que los extranjeros sean dueños de la mayoría de las propiedades y también que los cubanos participen en empresas conjuntas con ellos. Además, sigue siendo ilegal que las compañías extranjeras contraten directamente a trabajadores cubanos. Los empresarios extranjeros deben pagar los salarios de sus empleados directamente al gobierno cubano en divisas fuertes. Después, éste paga a los trabajadores en pesos cubanos que equivalen a una pequeña parte de la divisa. Además, aunque las nuevas leyes que regulan la inversión extranjera protegen contra la expropiación por parte del Estado, todo arbitraje debe tener lugar en las corruptas y caprichosas oficinas gubernamentales, en las que el inversor recibe una escasa protección.

EL FACTOR EXTRANJERO

En las relaciones exteriores, Castro luchó por crear nuevos vínculos, por obtener ayuda extranjera y por presionar a Estados Unidos para que levantaran su embargo o para que, al menos, ofrecieran a Cuba concesiones unilaterales. Varios países latinoamericanos han normalizado sus relaciones diplomáticas y comerciales con Cuba. Con frecuencia se oyen voces que reclaman la readmisión del país en la Organización de Estados Americanos y países democráticos como Colombia, Brasil y Chile están dispuestos a comerciar con Cuba y a invertir en ella. Los países caribeños de habla inglesa han dado la bienvenida a los representantes cubanos en sus reuniones y se está intentando integrar a Cuba en la Comunidad Caribeña (CARICOM). Cuba también fue recibida en la recién formada Asociación de Estados Caribeños (ACS), a pesar de las protestas estadounidenses. México ha reafirmado su tradicional relación con el régimen castroista aunque las relaciones no son tan estrechas como en el pasado, desde la presidencia de Ernesto Zedillo y ahora de Vicente Fox. El nuevo presidente mexicano se ha ofrecido como mediador entre EE.UU. y Cuba al mismo tiempo que ha criticado severamente las violaciones de derechos humanos en la isla.

Sin embargo, resulta improbable que la mejora de las relaciones entre Cuba y otras naciones latinoamericanas, con la excepción de Venezuela, que esta proveyendo a Cuba petróleo con créditos a largo plazo, tenga un efecto inmediato que se traduzca en un cambio apreciable dentro de la isla. Aproximadamente, un tercio de los escasos intercambios exteriores de Cuba tiene lugar dentro de América Latina y su fundamento es estrictamente comercial (es decir, hay que pagar en divisa fuerte). Además, Cuba sufre un déficit comercial con esos países, sobre todo con México. Sin embargo, las consecuencias políticas pueden ser más importantes que las económicas.

La tendencia general de los nuevos gobiernos democráticos de América Latina, al igual que ocurre con los de Europa, es la de presionar a Estados Unidos, aunque de forma suave, para que cambien su política hacia Cuba. Algunos hombres de Estado siguen creyendo que mediante negociaciones, incentivos económicos y compromisos Castro puede cambiar sus políticas y hacer que se produzca una transición pacífica en la isla. Las valoraciones optimistas de un posible «acuerdo» con Castro también se han visto alentadas en gran medida por el espectáculo que ofrece el agravamiento de la crisis económica. Según esta visión, cuanto más empeore la crisis, más obligado se verá Castro a liberalizar tanto la economía como el sistema político. Sin embargo, hasta ahora, ha habido pocas muestras de que el compromiso o las presiones económicas funcionen con Castro. Incluso podría señalarse que las dificultades económicas que se registraron después de la caída de la Unión Soviética produjeron ciertos leves cambios en la isla encaminados a evitar una explosión social. Por otra parte, el compromiso ha generado pocos cambios. Quizá la reciente ofensiva contra disidentes y periodistas sea una indicación del rechazo de Castro hacia el compromiso y hacia la petición que hizo el Papa a los dirigentes cubanos para que se abrieran al mundo.

Una de las respuestas que dio el Gobierno al empeoramiento de la crisis fue permitir tácitamente a los cubanos que abandonaran la isla. En 1994,

miles intentaron huir en balsas endebles y pequeñas embarcaciones. Muchos perecieron en los estrechos de Florida y otros llegaron a las costas estadounidenses. La mayoría fueron capturados en el mar por los guardacostas de los Estados Unidos y fueron enviados a su base naval de Guantánamo, en el Este de Cuba. Después de largas negociaciones, se permitió la entrada en Estados Unidos a la mayoría de los aspirantes a refugiados de Guantánamo. Washington aceptó conceder 20.000 visados anuales para los cubanos que pretendieran emigrar a Estados Unidos, y La Habana prometió evitar la emigración ilegal. EE.UU., bajo la administración de Clinton, modificaron su tradicional política de permitir la entrada en el país de los refugiados procedentes de Cuba. Ahora, los balseiros son interceptados en el mar y, a menos que puedan demostrar claramente que son perseguidos por razones políticas en Cuba, se les devuelve a la isla. Aunque el éxodo masivo se ha detenido casi por completo, aún sigue llegando un número creciente de refugiados a Estados Unidos y todavía se cierne en el horizonte la amenaza de una nueva crisis migratoria que afecte directamente al Sur de Florida o a Guantánamo.

EL FACTOR INTERNO

El régimen castrista no ha dado señal alguna de querer hacer concesiones significativas en cuestiones políticas o relativas a los derechos humanos ni en los últimos tiempos ni en las cuatro décadas anteriores. No ha habido indicios de que Castro pretenda llevar a cabo una auténtica apertura del sistema político o fomentar una solución pacífica para la profunda crisis cubana. La historia pone de manifiesto varios ejemplos en los que dirigentes fuertes e incluso autocráticos se han ablandado con la edad y han suavizado sus posturas, pero no hay pruebas de que sea así con Castro. Por el contrario, a medida que el líder cubano ha ido envejeciendo se ha hecho más intransigente y difícil. En el Congreso del Partido de 1997, reafirmó su oposición a Estados Unidos y también su falta de disposición a renunciar al poder, incluso después de 40 años en el timón de esta atribulada isla. En febrero de 1999 aprobó las leyes más duras que Cuba haya soportado nunca, condenando a penas de entre 20 y 30 años de cárcel a los disidentes, periodistas u otros que se desvíen de la línea marcada por el Partido.

Esta ofensiva contra una sociedad civil en ciernes tiene claras consecuencias. A Castro y a la élite cubana les preocupa la proliferación de organizaciones independientes en la isla y su posible futuro. Pero, lo que es más importante, las medidas son un intento de imponer una mayor ortodoxia a la población y de garantizar que haya una transición tranquila después de que Castro desaparezca. En los últimos años y en repetidas ocasiones, Castro ha aludido a su mortalidad y a la necesidad de que la revolución continúe y sobreviva una vez que él deje este mundo.

EL QUINTO CONGRESO DEL PARTIDO

Quienes esperaban grandes cambios o incluso iniciativas menores del Congreso del Partido en 1997 sufrieron una triste decepción. Sin embargo, este quinto

Congreso fue significativo no por lo que hizo, sino por lo que dejó de hacer. Una vez más, como ha venido ocurriendo en las cuatro décadas anteriores, Castro demostró que en Cuba la política dicta las decisiones económicas. A pesar de los graves problemas económicos, el Partido no introdujo ninguna reforma importante que pudiera llevar a Cuba hacia el mercado. Ante el temor de que cualquier apertura económica pudiera producir un cambio político, Castro rechazó ambas posibilidades. «Haremos lo que sea necesario —dijo—, sin renunciar a nuestros principios. No nos gusta el capitalismo y no abandonaremos nuestro sistema socialista».

Castro también reiteró su tradicional postura antinorteamericana, acusando a Estados Unidos de lanzar una guerra económica contra su régimen y llamando a «la preparación militar contra la hostilidad imperialista».

El documento final del Partido y el prolongado discurso de Castro ante el Congreso mostraban la determinación a seguir su trayectoria. Castro, consciente de su avanzada edad, intentó asegurarse de que su legado revolucionario antinorteamericano y marxista-leninista sobreviviría tras su muerte. Parecía decidido y mostró su confianza en que, a pesar de la caída del comunismo en Europa del Este y de las dificultades de Cuba en ese momento, su línea dura se mantendría. Inmediatamente después del Congreso del Partido, Castro convocó en La Habana una reunión de grupos y dirigentes comunistas de todo el mundo para reafirmar la supremacía de su ideología y planificar un «retorno cuando caiga el capitalismo». «El neoliberalismo y la globalización crean sociedades de consumidores como la estadounidense en todo el mundo» —recalcó—, «y éste no es modelo para nadie.»

El Congreso del Partido también fue importante por otras razones. Consolidó la posición de Raúl Castro como heredero indiscutible de la dinastía de Fidel. Tanto en las reuniones a puerta cerrada del Partido como en público, Fidel alabó a su hermano e hizo un llamamiento a sus fieles para que le apoyaran con el fin de garantizar la continuidad de la revolución.

Aunque la posición de Raúl como vicepresidente, jefe del ejército y segundo secretario del Partido le convierte en el sustituto evidente de Fidel, parecía que el hermano mayor quería dejar claro ante los cuadros de ese Partido y ante el conjunto de la población que su hermano menor, como heredero ungido, debía ser apoyado y obedecido, y que su liderazgo sería lo mejor para el futuro de Cuba.

Para reforzar su poder, Raúl ascendió a un comunista de la vieja guardia, Raúl Valdés Vivó, y le convirtió en el nuevo ideólogo del partido en cuestiones educativas. Valdés Vivó fue dirigente del viejo Partido Socialista Popular, agrupación de tendencia prosoviética y precedente del Partido Comunista de Cuba antes de la revolución castrista, además de «padrino» político de Raúl Castro. Fue Valdés Vivó quien afilió a Raúl a la Juventud Socialista, la rama juvenil del PSP, a finales de los años cuarenta y quien le introdujo en la ideología comunista.

En el discurso de clausura del Congreso del Partido, Raúl Castro también anunció que dicho congreso había reducido los miembros del Comité Central

de 225 a 150, y los del Buró Político de 26 a 24. Algunos de los nuevos miembros pertenecían al ejército, lo cual mostraba a las claras la creciente tendencia hacia la militarización de la sociedad.

ACTORES INSTITUCIONALES

Entre los tres pilares institucionales de la mayoría de los regímenes comunistas, que son el partido, el ejército y el aparato de seguridad, en Cuba, el Partido parece el menos importante. En primer lugar, está lo poco amante que es Castro de las instituciones. Su estilo de liderazgo es personal, es un *caudillo* estalinista para quien las instituciones son instrumentos con los que llevar a cabo «sus» políticas, más que órganos de elaboración de éstas. Nunca ha sido un acendrado defensor del Partido.

En segundo lugar, el antiguo partido comunista (el viejo PSP) tuvo un escaso papel en la victoria revolucionaria y fue discriminado por Castro en los primeros años de la revolución. Castro, a diferencia de otros dirigentes comunistas europeos, no llegó al poder utilizando los cargos del partido ni debe su éxito a la maquinaria del mismo. Incluso el nuevo Partido Comunista de Cuba, que se organizó en 1965, fue una creación de Castro, un intento de legitimar un régimen comunista ya existente.

En tercer lugar, desde 1965 la importancia del Partido ha sido limitada. Aunque en su Buró Político se discuten y toman importantes decisiones, es Castro —y en menor medida su hermano— el que domina este pequeño organismo. Los congresos del Partido siempre se han celebrado a intervalos regulares, pero solo para discutir y ratificar política aprobadas de antemano.

Finalmente, en la actualidad, el ejército, cuya organización y desarrollo eran previos al Partido, no solo es independiente de éste sino que su importancia es mayor. El Partido no se ocupa ni de la política de personal del ejército, ni de su doctrina, ni de su control interno. Hay cada vez más personalidades del ejército no solo en puestos clave del Buró Político sino de otras áreas del Partido. La militarización del Partido concuerda con la tendencia hacia la militarización del conjunto de la sociedad.

LAS FUERZAS ARMADAS

Las Fuerzas Armadas son la institución más importante de la Cuba actual. Han alcanzado considerables niveles de profesionalización, legitimidad y respeto. En primer lugar, las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias) son herederas del Ejército Rebelde que lanzó una campaña guerrillera contra la dictadura de Batista. Estas fuerzas surgieron en 1959 como fuerza nacionalista y solo más tarde se convirtieron en un ejército internacionalista que apoyaba las políticas soviéticas en todo el mundo. Sin embargo, incluso en este último aspecto, Castró intentó guardar una apariencia de independencia respecto a Moscú, como se desprende de las condiciones fijadas para la retirada del ejército cubano de Angola y del hecho de que los oficiales cubanos compartieran con Moscú y con Estados Unidos la mesa negociadora que condujo al acuerdo de paz en África.

En segundo lugar, entre la población cubana parece haberse desarrollado cierto respeto por los militares. Se les considera defensores de la nación y de la soberanía nacional de Cuba. No se han visto implicados en la represión ni en los abusos, escapando de este modo al estigma que tenía el viejo ejército de Batista.

Finalmente, los sacrificios castrenses en suelo extranjero, especialmente en África, despiertan la admiración de grandes sectores de la población. Sin embargo, esta admiración ha comenzado a declinar con el paso del tiempo y al cuestionarse los beneficios directos que esas intervenciones reportaron a Cuba.

Los militares actuales son profesionales, están muy tecnificados y constituyen una fuerza disciplinada y leal. Aparte del tipo «histórico» de jefe militar, hay una nueva clase de generales bien entrenados y preparados que han ido ascendiendo desde 1959. La mayoría de estos oficiales pertenecen al círculo próximo a Raúl Castro. Él los ha «criado» y ascendido, y a él parecen rendir una fanática lealtad. Alrededor de Raúl se ha desarrollado una camaradería compuesta de varios círculos de amigos, unos íntimos y otros separados de él por una capa de distancia. A estos oficiales se les antoja evidente que la cercanía a Raúl no solo proporciona una vía de movilidad ascendente en sus rangos, sino que también les protege de las intrigas de otros oficiales. El grupo más numeroso está compuesto por generales y coroneles que, al ser demasiado jóvenes en los años cincuenta, no formaron parte del Ejército Rebelde. Proceden de las clases medias bajas urbanas o de la clase obrera¹. Su media de edad está en torno a la mitad de la cincuentena. El grueso de estos oficiales no procede de la provincia de La Habana y la mayoría son de las de Oriente. Sin embargo, la mayoría de los oficiales de la época posterior a 1959 no tuvo conexiones previas con los partidos o movimientos políticos del momento y sus filiaciones y lealtades están relacionadas con la evolución desde 1959. Hay un incremento significativo del número de negros y mulatos entre los generales y coroneles ascendidos recientemente².

El general medio ha combatido un mínimo de tres o cuatro años en suelo extranjero, ha hecho numerosos cursos de licenciatura y postgrado en las mejores academias soviéticas (Voroshilov, Frunze y otras) y cubanas (Curso Básico, Superior de Guerra, Máximo Gómez) y tiene experiencia de campo en Vietnam, Angola y Oriente Medio.

Dentro de las filas del Estado Mayor se ha producido un aumento del número de tecnócratas altamente profesionalizados, relacionados con el desarrollo tecnológico, así como con la administración de empresas financieras e

¹ Entre ellos están Álvaro López Miera, José Legro, Orlando Almagruel, Silvano Colás, Rolando Alfonso Borges (coronel), Leonardo Ramón Andollo, Eladio J. Fernández Cívico (coronel), Arnaldo Tamayo, Orlando Carlos, Roberto Milián y Alejandro Ronda

² Entre los ejemplos se incluyen Harry Villegas, Silvano Colás, José Legro, Humberto Omar Francis y Arnaldo Tamayo.

industriales, con la ingeniería y la logística, que pasan después a desempeñar puestos civiles clave³.

Las áreas que están actualmente bajo jurisdicción militar, como *Gaviota*, la *Unión de Industrias Militares*, el *Instituto Nacional de Reservas Estatales*, la *Banca Metropolitana*, *Tecnotec* y otras, además de puestos civiles clave en las pesquerías, el azúcar, la marina mercante y los puertos, el transporte, las telecomunicaciones y la aeronáutica civil, están en manos de tecnócratas muy cualificados que surgen de las FAR. La mayoría de esos tecnócratas proceden de los servicios de retaguardia o de logística del ejército, de las fuerzas aéreas y la marina, y sobre todo de los dos últimos cuerpos, por su dominio de áreas tecnológicas complejas, sistemas informáticos, niveles de calidad internacionales y otros requisitos especializados.

Este grupo de dirigentes militares parece leal a Fidel y a su hermano. En apariencia, comparten y, evidentemente, siguen las ideas y órdenes del líder. Bien sea por su propia seguridad, por preocupación sobre un futuro sin Castro o por compartir ideología y poder, en general se han mantenido fieles.

La posibilidad de que el ejército se divida en facciones también se ve reducida por la constante rotación de oficiales, que evita la creación de lealtades personales dentro de los servicios, y por la estricta supervisión y control, tanto mediante la vigilancia electrónica como a través de las unidades del Partido y de la contrainteligencia dentro del ejército. El miedo y la desconfianza caracterizan a los altos escalafones del ejército. Al no confiar en nadie, es difícil que un oficial descontento comparta su infelicidad con otros o que planee acciones contra Fidel. Aunque lograra recabar la ayuda de algunos colegas, es imposible que unos oficiales descontentos garanticen el apoyo de un gran contingente militar, cuyas lealtades y creencias son desconocidas. En consecuencia, resulta improbable que dentro de las fuerzas armadas triunfe una rebelión.

Al ejército sólo se le pedirá que reprima a la población si se llega a un momento de disturbios generalizados y gran agitación popular en el que el aparato de seguridad sea incapaz de mantener el orden. En ese escenario, es posible que dentro del ejército surjan facciones, desertiones y disturbios, acelerándose así la caída del régimen castrista. Hasta ahora, los hermanos Castro han evitado el recurso al ejército para enfrentarse al descontento popular, quizá porque son conscientes de los posibles riesgos que esto comportaría.

El aparato de seguridad cubano, a diferencia de los de Europa del Este, es monolítico y está muy centralizado. Castro aprendió bien la lección de Rumanía, donde las fuerzas del Ministerio del Interior se enfrentaron al ejército. Eliminó a los posibles rivales dentro de sus fuerzas armadas y puso al Ministerio del Interior bajo el control de un ejército a cuya cabeza está un oficial de confianza de él y de Raúl.

³ Como Leonardo Andollo, José Legro, Orlando Almagruel, Silvano Colás y Eladio Fernández Cívico.

El pueblo cubano cree firmemente en la eficacia de los servicios de seguridad y siente un temor abrumador hacia su capacidad represiva. Castro ha lidiado duramente con cualquier enemigo real o potencial; se ha infiltrado en los grupos de oposición y los ha destruido, y ha evitado el desarrollo de cualquier agrupación civil que pusiera en peligro su autoridad. Recientemente, a los oponentes al régimen se les dio a elegir entre un largo encarcelamiento o el exilio.

LA SOCIEDAD CIVIL Y LA OPOSICIÓN

No resulta fácil desarrollar una sociedad civil en un país celosamente dominado por una élite política y por un líder que se ha opuesto al cambio durante cuatro décadas. En Cuba hay un aparato de seguridad alerta y un líder para el que el desarrollo de una sociedad civil supone un gran desafío a su control absoluto del poder en la isla. Es difícil precisar si los limitados logros alcanzados por una sociedad civil independiente de los hermanos Castro en los últimos años proceden del derrumbamiento de la economía cubana, de la influencia de fuerzas exteriores o de una deliberada relajación del control del sistema. Quizás sea una combinación de los tres factores. Sin embargo, la sociedad civil cubana sigue siendo débil, ineficiente y está bajo la atenta y constante vigilancia del régimen de Castro.

En la pasada década, la Iglesia Católica ha vuelto a cobrar una cierta influencia. La visita del Papa en 1998 y su mensaje «no tengas miedo» envalentonó a algunos y a otros les hizo albergar esperanzas de que el régimen castro tolerara una mayor apertura para la Iglesia y también para otros grupos. La luna de miel fue corta. Aunque Castro declaró la Navidad fiesta oficial, no permitió un aumento significativo del número de sacerdotes en la isla, negó el acceso de la Iglesia a unos medios de comunicación controlados por el Estado y continuó prohibiendo la educación religiosa.

En estas circunstancias, la Iglesia sigue siendo un adversario débil para el régimen. La necesidad de conservar sus limitados logros en un medio adverso y la de concentrarse en asuntos religiosos en vez de políticos, atenúa su papel como fuerza de cambio principal, tanto ahora como durante una transición.

A otros grupos religiosos no les ha ido mejor. Los protestantes han proliferado por toda la isla, pero aún siguen muy divididos y se dedican principalmente a las predicaciones evangélicas. Probablemente, los cultos afrocubanos, que constituyen la mayor comunidad religiosa, susciten una considerable devoción popular. Sin embargo, su mensaje y su estructura, organizada en pequeños grupos independientes, no plantea ninguna posible amenaza para el régimen.

Las organizaciones no religiosas y no gubernamentales (ONG) han proliferado en los últimos años. La mayoría están controladas por el Gobierno o infiltradas por el aparato de seguridad. Fueron creadas o fomentadas por el Partido Comunista de Cuba. Estas ONG o GONGOS, como se las llama en Cuba, se crearon por dos razones principales. En primer lugar, para lograr la asistencia de legítimas ONG de Europa Occidental, Canadá e incluso Estados Unidos y, en segundo lugar, para dar la imagen de que el régimen estaba permitiendo una apertura hacia el mundo y que la sociedad cubana se hacía más tolerante con

la disidencia y la oposición. En ambos casos, Castro logró su objetivo. Tanto en los Estados Unidos como en el resto del mundo hubo muchos que se equivocaron al considerar que esto indicaba que el régimen de la isla era más suave y menos represivo, de modo que aumentó el apoyo para esos grupos.

Sobre los activistas y organizaciones de defensa de los derechos humanos ha caído recientemente la represión gubernamental con toda su crudeza. Desde la creación en 1995 del *Concilio Cubano*, una organización que daba cobijo a unos cien grupos pequeños, los activistas han sido acosados, encarcelados o se han exiliado. Tan ambicioso intento de consolidar a todos esos grupos y presentar un frente unido ante el régimen, suponía un gran desafío para Castro, que reaccionó violentamente, aplastó al Concilio y detuvo a sus principales líderes. Hasta el momento, no ha surgido ninguna otra organización similar.

Esto no quiere decir que en Cuba no haya oposición. Ésta se manifiesta produciendo poco en el lugar de trabajo, desobedeciendo las leyes, apartándose del partido y de las constantes demandas de los líderes; en el soborno y la corrupción, y en el creciente deseo de abandonar la isla. Grupos independientes de periodistas y profesionales, así como de organizaciones religiosas, han surgido en circunstancias muy difíciles. Muchos de sus dirigentes muestran un enorme valor al desafiar al régimen. Sin embargo, una y otra vez el aparato de seguridad se ha infiltrado en tales grupos y, al final, los ha desacreditado o destruido.

Ante el temor a la represión del sistema y a la horrible posibilidad de sufrir largas penas de cárcel, los cubanos parecen resignados a esperar el fin de la era castrista y la llegada de tiempos mejores. La desilusión y la alienación han caracterizado a la sociedad cubana de finales de los años noventa. La resistencia y el desafío abierto también tienen un alto precio, que la mayoría de los cubanos no están dispuestos a pagar.

DESPUÉS DE CASTRO: CONTINUIDAD O CAMBIO

La posibilidad de que el régimen continúe parece mayor en Cuba de lo que lo era en otros estados comunistas. Aunque su fin llegó de repente y con rapidez, hicieron falta décadas de decadencia para debilitar a los regímenes de Europa del Este, y para acelerar el proceso fue necesario que los soviéticos se desentendieran y aceptaran la situación. En Polonia, donde el movimiento sindical Solidaridad había nacido en 1980 como el primer sindicato no gubernamental de la historia comunista, un gobierno dirigido por los militares se hizo con el control y se mantuvo en el poder durante una década. En China, el régimen comunista cobró nuevas fuerzas después de la muerte de Mao en 1976, al principio mediante las reformas de Deng y, finalmente, a través de un aumento de la represión, sobre todo de las protestas estudiantiles.

En América Latina, muchos regímenes autoritarios no comunistas se mantuvieron durante décadas a pesar de las presiones exteriores y de su debilidad interior; entre ellos, el régimen de Trujillo en la República Dominicana, la dinastía de Somoza en Nicaragua, la dictadura de Pinochet en Chile y el Partido Revolucionario Institucional (PRI) de México. Este último caso es especialmente

instructivo. A pesar de la profunda crisis financiera e institucional y de la erosión del apoyo popular hacia el partido oficial, los regímenes fundamentados en el PRI se mantuvieron lo suficientemente fuertes como para conservar el poder, a la vez que alteraban radicalmente la trayectoria económica de México.

El régimen castrista sin duda extraerá lecciones de las experiencias negativas de Europa del Este y de la derrota electoral de los sandinistas en Nicaragua, e incorporará también las enseñanzas que ofrece la experiencia china. Aunque estas lecciones sean interesantes y aleccionadoras, resulta dudoso que Castro precise de ejemplos extranjeros que influyan en sus preferencias sobre cómo gobernar o que refuercen su desprecio por la democracia y los procesos electorales. Desde 1959, se le ha dado bastante bien mantener su control totalitario.

Para el régimen el problema sucesorio es crucial. Ningún régimen totalitario ha logrado concebir una forma de transición suave y la desaparición de Castro podría desencadenar una lucha de poder interna. Sin embargo, lo más probable es que dicha lucha de poder tuviera lugar dentro de las filas revolucionarias más que fuera de ellas. A pesar de la abrumadora presencia de Castro, parece dudoso que la revolución pueda caer si él muere o queda incapacitado. La estabilidad del régimen se basa principalmente en el vigor de las Fuerzas Armadas, que sin duda son la más vital de las tres «patas» sobre las que se levanta la revolución. Las otras dos, el Partido y el aparato de seguridad, funcionan bajo una creciente supervisión militar, con el fin de controlar, movilizar, socializar y adoctrinar a la población. La organización y la fuerza de la burocracia que se ha desarrollado alrededor de estas instituciones parece garantizar la continuidad de la revolución. De este modo, aunque Castro es el incuestionable motor que mantiene el impulso revolucionario, con un sustituto la maquinaria podría ralentizarse pero sin dejar de funcionar.

Parece improbable que haya una revuelta contra el régimen de Castro sin una intervención exterior a gran escala, sobre todo mientras las fuerzas armadas cubanas sigan siendo leales a él y a su comandante en jefe, Raúl, hermano de Castro. Sí parece probable que continúe esta lealtad del ejército. No solo porque éste es una creación de Castro, sino porque ha desarrollado un considerable grado de profesionalización, está profundamente integrado en el sistema político, disfruta de un papel importante y se confía en él para la gestión económica general y el control de la sociedad. Aunque las duras críticas y el castigo de Fidel a algunos de sus oficiales destinados en Granada, la prolongada presencia cubana en África, y la ejecución del General Ochoa causaran cierta tensión dentro del ejército, todo ello no ha producido un aumento de la inestabilidad dentro del régimen cubano.

LA SUCESIÓN

Durante el proceso de institucionalización que culminó en 1976 (después del primer Congreso del Partido y de la adopción de una nueva constitución), Raúl fue oficialmente nombrado segundo dirigente, después de su hermano, en todos los puestos del Partido y del Estado: segundo secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba (PCC), primer vicepresidente del

Consejo de Estado (el organismo de gobierno permanente de la Asamblea Nacional del Poder Popular, la ANPP) y viceprimer ministro y vicepresidente de la Comisión Nacional de Defensa. Durante el quinto Congreso del Partido, celebrado en octubre de 1997, Fidel Castro reiteró públicamente que Raúl sería su sucesor. Algunas semanas más tarde lo desmintió, señalando que él no era quién para señalar libremente a su sucesor y subrayando que en Cuba había arraigadas instituciones, con completas facultades para llevar a cabo esa elección. Aunque Castro cumpla la legalidad vigente, quiere que el poder pase a su hermano y no es probable que nadie en Cuba cuestione esa decisión.

A la muerte de Fidel, el Buró Político propondría al Consejo de Estado (avalado por el voto del Comité Central del Partido) a un nuevo sucesor como primer secretario del Partido y presidente de Cuba. El Consejo debatiría la recomendación, votaría y pasaría el resultado a la ANPP, convocando una sesión extraordinaria a tal efecto. En ese momento, la Asamblea deliberaría sobre el candidato propuesto y votaría, ratificándole como presidente. Este proceso se podría prolongar durante varios días en los que, por supuesto, «el segundo de a bordo» estaría al mando. Es probable que, una vez que el candidato presidencial y secretario del Partido, posiblemente Raúl, sea propuesto por el Buró Político, todas las demás personas e instituciones apoyen la decisión.

Otro posible escenario se presentaría si a la muerte o incapacitación de Castro fuera posible llevar a cabo una redistribución del poder, como parte de una propuesta que surgiera del Buró Político. Se podría nombrar a un nuevo primer secretario del Partido, posiblemente a Raúl Castro. Esta es una decisión del Partido y no requiere confirmación o ratificación por parte del Consejo de Estado o de la ANPP. El Buró Político también podría hacer una propuesta para la sucesión presidencial. Raúl podría ser nombrado para este puesto o, con mayor probabilidad, la presidencia recaería en Ricardo Alarcón quien, en 1998, declaró que, si se le pidiera, estaría dispuesto a asumir dicho cargo, una afirmación que no habría hecho sin el beneplácito de los hermanos Castro.

En este escenario el poder real seguiría en manos de Raúl, que no solo sería el primer secretario del Partido, sino que continuaría siendo el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas. Alarcón llevaría a cabo los cometidos más protocolarios de la presidencia, labor que parece desagradar a Raúl. Este acuerdo de reparto del poder podría sobrevivir a cualquier crisis de la transición. Aunque algunos analistas señalan que tal gobierno se derrumbaría, parece probable que este nuevo modelo, no basado en el carisma sino en un control eficiente, si cuenta con el apoyo del ejército y del Partido e impulsa leves transformaciones económicas, podría mantenerse durante un periodo indefinido.

Sin embargo, no hay garantías de que el hermano menor sobreviva al mayor. Si desaparecen tanto Fidel como Raúl, cabe esperar que diferentes facciones dentro del Partido y del ejército intenten llenar el vacío. Una dirección colegiada formada por ambos grupos, con el ejército en el papel dominante, parece el resultado más probable.

TENDECIAS RECIENTES

El corto desmayo que Fidel Castro sufrió en agosto y el que fue visto por los cubanos en televisión ha acentuado la proximidad de la sucesión en la isla. Sus aliados en Cuba vieron estupefactos y preocupados como el «invencible» líder sucumbía a los años y a las enfermedades. Sus enemigos dentro y afuera de Cuba se regocijaban ante la posibilidad del final de Castro y la era castrista. Oficiales del gobierno norteamericano se preocupaban de qué tipo de sucesión, violenta o pacífica, ocurrirá en la isla y cuáles serían las implicaciones y posibilidades de una Cuba sin Castro.

Castro, consciente de su precaria salud y avanzada edad, se preocupa cada vez más por la cuestión sucesoria. En numerosos discursos recientes ha aludido a su mortalidad y, especialmente, durante su larga alocución ante el quinto Congreso del Partido, subrayó su preocupación porque haya una suave transmisión del poder a su hermano Raúl e hizo hincapié en su deseo de que los cimientos revolucionarios que él ha sentado sobrevivan tras su desaparición e incluso a la de Raúl.

El antiamericanismo, el nacionalismo, el internacionalismo y el control totalitario siguen siendo las bases en las que se asientan tales cimientos. Durante más de medio siglo, desde los días en que distribuía propaganda antinorteamericana en la Bogotá de 1947, Castro se ha venido oponiendo a Estados Unidos. Durante cuarenta y dos años ha controlado a Cuba por completo y apoyado a diversos revolucionarios, terroristas, guerrilleros y mercenarios de todo el mundo, la mayoría enemigos confesos de Estados Unidos.

El internacionalismo sigue siendo una de las políticas que definen a Castro. Ha viajado constantemente por África, América Latina e incluso Europa en busca de apoyo para su revolución y criticando las políticas de Estados Unidos en todo el mundo. Sin embargo, su ferviente apoyo a los grupos antinorteamericanos ha disminuido desde el cierre del paraguas protector soviético. Esto no quiere decir que los viejos contactos y compromisos hayan desaparecido del todo. Castro sigue estando cerca de los grupos guerrilleros colombianos y de viejos amigos como la OLP, en Oriente Medio, el MPLA, en Angola, el ejército republicano irlandés, la ETA y otros, siempre dispuesto a apoyarlos en la medida de sus limitados recursos y capacidades.

La reciente victoria de Hugo Chávez, el viejo amigo de Castro, en Venezuela, proporciona a Cuba un importante aliado. Chávez presiona a Estados Unidos para que cambien sus políticas hacia la isla; apoya la reintegración de ésta en el concierto de naciones latinoamericano y, dentro de este ámbito, se opone a cualquier condena de las violaciones de derechos humanos por parte de Castro. Sin embargo el impacto más significativo del régimen de Chávez es que le está proporcionando créditos a Cuba a largo plazo para adquirir petróleo venezolano. Esto está sacando de apuros a la economía cubana en un aspecto fundamental, que es el petróleo. Castro está disminuyendo su dependencia del petróleo Ruso lo cual le permitirá vender más azúcar cubana en el mercado mundial en vez de intercambiarla por ese petróleo. Además parte

del petróleo que recibe de Venezuela lo está revendiendo en el mercado mundial, logrando así recibir una cantidad sustancial de divisas.

Sin embargo, para Castro, la prioridad máxima es preservar su legado. Contempla con horror la posibilidad de que una vez que él desaparezca, Cuba vuelva a la órbita norteamericana o que la revolución cubana se venga abajo en medio de la guerra civil y el caos.

Por consiguiente, es en este contexto en el que tenemos que entender las últimas acciones de Castro y su ofensiva contra los disidentes de la isla. La revolución castrista está entrando en un periodo crítico. Castro, de forma similar a Mao antes de su muerte, está desatando una revolución cultural en Cuba —evidentemente no tan violenta como la china— para garantizar, fortalecer y preservar su legado y permitir una sucesión hacia su hermano sin grandes conflictos.

Además de la victoria de Chávez en Venezuela, hay varios acontecimientos que han alentado a Castro a optar por tal actitud en este momento. En primer lugar, el espectáculo de las dificultades y el posible caos en Rusia han hecho aumentar las esperanzas entre los dirigentes cubanos de que ese país retorne a un autoritarismo favorable a mantener una más estrecha relación con Cuba. En segundo lugar, los chinos, a pesar de sus reformas económicas, han mantenido una inquebrantable trayectoria política totalitaria y una disposición a cerrar filas con Cuba y otros países con el fin de dar apoyo a los regímenes comunistas (el Ministro de Defensa chino y una delegación militar de alto rango visitaron Cuba entre el 5 y el 10 de marzo de 1999). En tercer lugar, en Colombia, la creciente fortaleza de las FARC podría proporcionar a Cuba una posición estratégica clave y un aliado económico si se llegara a un acuerdo para compartir el poder con el presidente Pastrana.

Internamente, Castro detecta pocos desafíos para su régimen. A pesar de las enormes dificultades económicas, los cubanos no se han rebelado. Las desorganizadas y esporádicas manifestaciones que han tenido lugar en la isla han sido fácilmente reprimidas por el aparato de seguridad castrista. El movimiento disidente, aunque crece, no representa una gran amenaza para el sistema. A pesar de que la economía no ha mejorado sensiblemente, parece que a mediados de los años noventa se tocó fondo y los cubanos se han adaptado a las nuevas realidades económicas.

Mediante sus últimas acciones, Castro ha demostrado una vez más que en Cuba las consideraciones políticas son de extrema importancia. Ha puesto en peligro el leve deshielo de la política norteamericana hacia Cuba y los acuerdos comerciales con los países de Europa del Este, y se ha arriesgado a recibir la condena de la comunidad mundial con el fin de lograr sus objetivos: mantener un completo control político y garantizar tanto la existencia de una transmisión de poder suave como la supervivencia a largo plazo de «su» revolución.